

¿POR QUE SE HA LIBERADO A CALLEY?

«UN DESASTRE»

Poco importa que continúen presos unos hombres a favor de los cuales el poder americano organiza una semana de angustias; poco importa que miles y miles de jóvenes americanos sufran, en esta guerra interminable, una desmoralización cada vez más profunda; poco importa que la cifra de bajas llegue, en la provincia de Quang Tin, a alcanzar las cotas a que se llegó en 1968: sólo cuenta una cosa: obligar a los comunistas a la humillación.

De seguir las cosas en Indochina como hasta ahora, los americanos no parece que vayan a conseguir su objetivo; las «victorias» que podrían inspirar la elocuencia de Nixon no se diferencian demasiado de la de Laos. ¿Es verdad que la base de Mary Ann, en el Quang Tin, sufrió lo que el «Newsweek» califica de «desastre» sólo porque dos centinelas estaban distraídos fumando marihuana? ¿Y que la base de Khe Sanh tuvo que ser evacuada porque las unidades que huyeron de Laos no quisieron batirse por sus aliados americanos (como hacía en 1968)? ¿Y que la «ruta de la amistad americana» es cortada dos veces por semana por los guerrilleros, y Kompong Thiam está continuamente bajo el fuego de los morteros comunistas debido a que en Camboya aumenta sin cesar el número de los que se unen a los «khmers rojos»? Ninguna de estas «victorias» justifica el tono glorioso del discurso de Nixon.

Y, menos aún, el «asunto Calley», precariamente solucionado por la increíble decisión adoptada por el Presidente: liberar al asesino de veintidós personas, condenado por un Tribunal tras la más minuciosa de las encuestas, seguida de un proceso público, con la consiguiente humillación para la jerarquía militar.

Son varias las razones que pueden haber movido a Nixon a obrar como lo ha hecho. La primera es sencillamente de orden estratégico, de estrategia política o, más exactamente, electoral: tan pronto como se conoció el veredicto, el viejo Sur racista se levantó en defensa del «héroe» de Song My. Entre los hombres que más protestaron en contra del veredicto están, naturalmente, George Wallace y Lester Maddox, para quienes la matanza de más de un centenar de vietnamitas es un problema de desratización y no tiene mayor importancia que el ahorcamiento de un ladrón de gallinas negro. Nixon, que no puede permitirse el perder un solo voto de la derecha, no podía abandonar al hombre que había provocado aquella reacción. Tenía que «recuperar» a Calley.

MAS VALE UN ESCANDALO

Pero, al liberar al asesino, el Presidente obedecía, en realidad, a móviles más profundos. El juicio de Calley no debía ser más que la primera etapa de un proceso que, de haber remontado la escala de responsabilidades, habría honrado a América. Después de Calley

debían ser juzgados los capitanes Medina y Kotouc y el coronel Henderson. ¿Se habría librado el general Koster, comandante de la división «América», que sobrevoló el pueblo en helicóptero mientras se producía la matanza? El juicio del siniestro y ridículo Calley no era una operación «chivo expiatorio», sino más bien el principio de una vasta operación jurídica que habría tenido seguramente terribles consecuencias para mucha gente de la Administración. Humillando al poder judicial, Nixon ha barrido de un codazo todos los peones del tablero. Más vale un escándalo sonado que un proceso lento, pero seguro, en su camino ascendente.

La movilización puede valer la pena a corto plazo. A más largo plazo, el slogan «No más culpable que cualquier otro!» se transformará en «¿Quién está libre de culpa?». Liberar a Calley es (según expresión de Anna Harendt) «banalizar el mal». Y este escarnio de la justicia hace que los órganos de información se conviertan en tribunales, o den libre curso al cinismo.

CIVILES PREFERENTEMENTE

Los que recusan al Tribunal de Fort Benning parecen querer insinuar, como Joseph Alsop, que todo vietnamita de más de cinco años es un enemigo en potencia. Es, pues, conveniente y justo matar a los niños de más de cinco años. Esto clarifica algo el debate, aunque mucho menos que las declaraciones de una tal señora Julian Peck, residente en Mónaco, en la sección de lectores del «Herald Tribune» de fecha 5 de abril. Decía, textualmente, la señora Peck: «Si la ley norteamericana autoriza el aborto, ¿es razonable lloriquear por que se ha matado a unos niños?».

Así, poco a poco, la verdad va saliendo a flote. Cuando, hace cuatro años, una comisión de juristas tan poco «sospechosos» de izquierdismo como su presidente, el senador belga Henri Rollin, se atrevió a afirmar, de regreso de Hanoi, que los bombardeos de Vietnam del Norte apuntaban preferentemente a objetivos civiles, ciertos periódicos franceses que reprodujeron aquellas afirmaciones fueron acusados de ser agentes del complot comunista de Pekín. Ahora, en un artículo del «New York Times», el periodista Neil Sheehan demuestra la existencia de una contradicción absoluta entre el propósito inicial de la campaña norteamericana y lo que hacen diariamente unas tropas cuya misión fundamental es la de «devastar» (waste) el Vietnam, para realizar lo que propone Samuel Huntington, Jr., profesor de Harvard: «La urbanización acelerada de Vietnam (arrazando sus campos) es la primera condición de la modernización...».

Y Sheehan recuerda que la acción más vivamente condenada por el Reglamento militar en vigor en el Ejército norteamericano, el bombardeo terrestre o aéreo de hospitales es una operación de rutina para las tropas americanas que luchan en Vietnam. ■ JEAN LACOUTURE.

La Capilla siXtina

LA EPICA

«La épica es imprescindible en la historia general y en la historia cotidiana de los pueblos». Esta frase, atribuida con escasa razón a Marco Antonio Alfonso de los Arroyos, ha significado en España la exaltación a los altares del Cid Campeador y de Pichichi. El Cid dura siempre, es un mito épico para toda la vida. Pero los mitos cotidianos se desgastan, necesitan periódica renovación. ¿Qué dice Pichichi hoy día a las generaciones de españoles que no hicieron la guerra civil? Incluso, ¿qué dice el nombre de Pichichi a los que la hicieron? Desde Pichichi ha llovido mucho y el mito épico cotidiano ha sido sustituido por una ristra de héroes individuales o por equipos que nos han ayudado a sobrevivir emocionalmente por encima de una historia, todo hay que decirlo, bastante mediocre. Repasaba el otro día yo los mitos épicos cotidianos que estaban en el candelero y de pronto me detuve angustiado frente al embarcadero del Retiro. No tenemos ninguno. Nos hemos quedado sin héroes representativos de un talante nacional al parecer sin par.

Hagamos un examen de conciencia.

Primero fue Zarra y su circunstancia. Después fue el Real Madrid. Después, Manolo Santana. A continuación, Urtain. Después de Urtain, nada, nada, nada. Hay un larvario esperanzador, pero sólo hasta cierto punto: Conchita Puig es irregular en sus victorias; Santiago Esteve podría heredar el sítil de Urtain, pero los deportes acuáticos, no sabemos por qué, crean héroes anfibios, que las gentes de tierra adentro no acaban de aceptar plenamente. Después del Real Madrid, ningún otro equipo ha merecido la investidura oficial, porque es muy delicado investir sin garantías de que se hará honor de esa investidura.

Ni en boxeo, ni en ciclismo, ni en tenis, ni en fútbol veo la herencia épica garantizada. Tal vez en el terreno de la canción. Pero también allí es muy difícil. Julio Iglesias parece algo abúlico. Karina es demasiado bajita. ¿Raphael? Pero es que en el terreno de la canción las victorias están limitadas por el instrumental lingüístico. ¿Cómo puede medirse una victoria de Raphael en castellano sobre Tom Jones en inglés? ¿Qué importancia tienen las victorias que no pueden medirse?

Tampoco en el terreno de las señoras que están bien mejor la cosa. Hoy día se llevan las ingle-

sas; las españolas, no tanto. El mito de «las mujeres de España» ha quedado reducido al consumo interior. El último intento de internacionalización fue Teresa Gimpera, pero fue la suya una promoción sin calor y sin demasiado entusiasmo por parte de la encausada. ¿Revival Carmen Sevilla? Según el «Anuario del Cine Español», Carmen Sevilla nació en 1930. Lleva bastante bien los cuarenta largos años, pero no tiene edad de salir a competir por esos mundos de Dios y el diablo.

¿Científicos?

No tienen el poder de arrastrar a las masas si no son científicos aplicados a especialidades de película: cáncer, corazón, etcétera, etcétera. Lo que estaría bien es que de pronto un médico español descubriera el remedio contra el cáncer y que otro inventara el sistema de hacer trasplantes de corazón de palomo al ser humano. Pero no caerá esa breva.

¿Toreros?

Pues los hay muy buenos. Pero ninguno tiene el gancho de los héroes dominicales de otros tiempos. ¿Qué ha pasado? O asistimos a una extinción del «genio de la raza», o asistimos a un cansancio oficial en la promoción de «genios de la raza», o asistimos a un desinterés popular por el «genio de la raza». Está cansada España de los «shows» de Celtiberia, es evidente. Hay como una tregua de majadería sólo rota aquí y allá por gentes tan adictas al retraso mental como al histórico.

Por una vez, el «relax» puede ser el punto inicial de una historia normal o tal vez sólo sea un descanso de escalera para tomar aliento y lanzarse nuevamente a la conquista del rascacielos de lo típico, lo castizo, lo diferente. Se acerca una prueba definitiva: el partido de fútbol de selecciones nacionales entre España y la URSS. Yo le pediría a Gárate que marque todos los goles que quiera, pero con el pie. Como se le ocurra lanzarse en plancha y marcar un gol de cabeza, tendríamos Pichichi para otros cuarenta años. Y como marquen goles Rexach, Uriarte y Pirri corremos el riesgo de que no se revise el centralismo administrativo en otros cuarenta años. Como decía Marco Antonio Alfonso de los Arroyos en sus noches más afortunadas: «La única batalla épica real en este país sería conseguir una cierta adecuación entre la política y la evidencia».

SIXTO CAMARA